

Al fin, Sartre. ¿Y por qué tan tarde?

En el programa del Poliorama barcelonés hay una nota de Alfonso Sastre, autor de las versiones españolas de «La p... respetuosa» y «Huis-clos», que termina así: «Sartre, decimos, cuenta como escritor teatral entre los más altos autores de nuestro tiempo. Su ausencia de nuestros escenarios se ha hecho sentir en forma de angustia, desamparo, vacío. Hoy lo tenemos, en fin, entre nosotros. Es un día de fiesta para el teatro español. De fiesta y de esperanza».

¿Por qué tan tarde? ¿Por qué no hemos podido ver sus obras en su día exacto, cuando se articulaban de forma rigurosa con el

momento histórico y con el pensamiento del autor?

No es que el racismo haya desaparecido del Sur de los Estados Unidos, ni que el infierno no pueda ser concebido a menudo como la convivencia con los demás; no es, pues, que «La p... respetuosa» —que en los carteles españoles aparece sin la ofensiva p seguida de puntos suspensivos— o «Huis-clos», sean un teatro arqueológico. Las dos son ahora mismo de lo más considerable que puede ofrecerse a un espectador teatral. Pero es obvio que hoy Sartre no escribiría «Huis-clos», ni el pobre negro de «La respetuosa» rechazaría la pistola que le tiende Lizzie para defenderse de los blancos. Con lo que, en definitiva, se reproduce lo

que ya va siendo costumbre en la vida teatral española de muchas décadas: recibir con retraso, despojadas de vigor polémico, aceptadas ya como «grandes obras», lo que ha nacido para golpear y estimular al hombre inmediato, al que pasa junto al escritor mientras éste concibe su drama.

Digamos, pues, con Alfonso Sastre, que el estreno de «La p... respetuosa» y «Huis-clos» ha proporcionado a la escena española un día de fiesta y esperanza. Añadamos que es una fiesta equivocada, porque al gozo de ver a Sartre sobre uno de nuestros escenarios no puede faltar la amargura de ver con cuánto retraso esta fiesta se celebra.

Y en esto de la cultura, feste-

jar con retraso siempre es grave. Porque cada gran obra genera sus afines, cada polémica las nuevas posiciones, cada experiencia afortunada el recuerdo estimulante, y uno sabe que toda nuestra vida teatral está llena de fiestas celebradas con retraso, de parálisis nacidas de no haber recibido en su día el empujón necesario: el teatro nacido de los grandes y más acuciantes temas y respuestas.

los nombres de los héroes

Podría escribirse ahora aquello de la desventura de los países que necesitan de los héroes. Porque, a fin de cuentas, en este programa

BARCELONA 20-X-67

HA LLEGADO SARTRE

Dos escenas de «La p... respetuosa» de Jean-Paul Sartre, dirigida por Adolfo Marsillach. A la derecha de estas líneas, Nuria Espert, Fernando Guillén y José Vivó. Tanto «La p... respetuosa» como «A puerta cerrada» han sido vertidas al castellano por Alfonso Sastre.



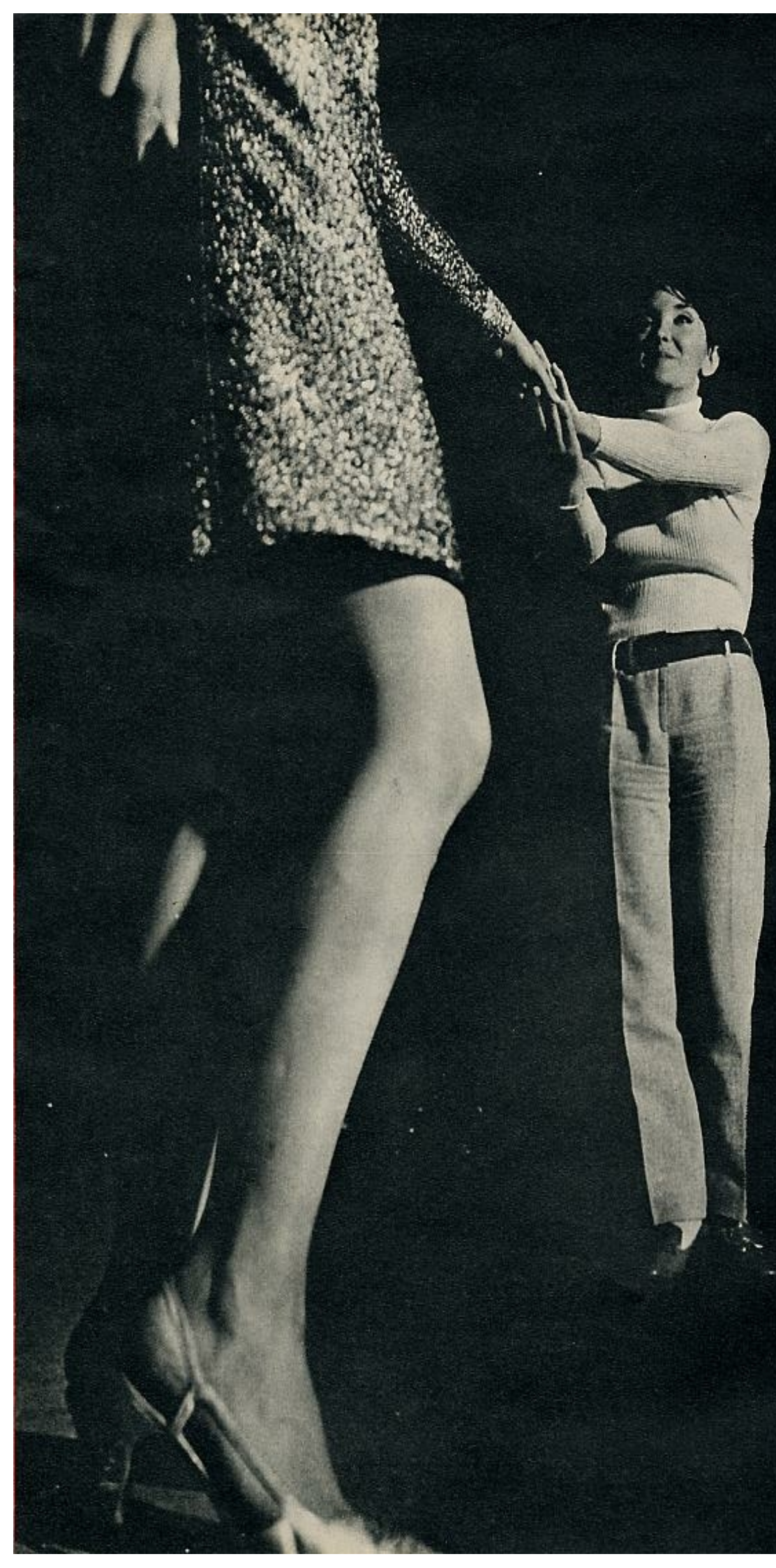
Sartre, estrenado en el Poliorama de Barcelona, hay héroes, personas que han luchado tenazmente para conseguir lo que debiera ser un fenómeno absolutamente normal en el teatro: estrenar a Sartre.

Los héroes son tres: Alfonso Sastre, Nuria Espert y Adolfo Marsillach.

El primero, por haber convencido al propio Sartre de la necesidad de estrenar su teatro en España, a lo que se mostraba reacio el escritor francés en función de una serie de antecedentes y datos políticos. Es evidente que —como un día ya sucedió con los herederos de Federico García Lorca— ello era un error. El teatro es una comunicación colectiva, un fenómeno entrañado en la

SIGUE





vida de todo un país, un hecho que va por debajo de la anécdota política para asentarse en los cursos de lo que Unamuno llamó la intrahistoria. El teatro tiene que ver con el hombre anónimo que se sienta en la butaca, con lo que pensará o hará, minutos, días o años después de ver la función. Las luchas llevadas a cabo entre personas concretas, grupos precisos, banderas exactas, pertenecen a otro ámbito. Salvo en un circunstancial teatro de agitación, la escena es campo desmilitarizado y abierto, plaza pública, imagen de las ideas, esperanzas y desazones de los hombres de un lugar y un tiempo. La potencia política de una obra teatral ha de estar en su clarividencia, nunca en su sistemática agresividad.

Sartre debía, pues, luchar para que su teatro estuviese entre nosotros. Debemos agradecer a Alfonso Sastre que haya luchado en su nombre.

Los otros dos héroes son Nuria Espert y Adolfo Marsillach, unidos para hacer este espectáculo. Tras montar a Brecht, el presentar a Sartre, es, en el caso de Nuria Espert, la reafirmación de un sentido de responsabilidad, de coherencia, muy difícilmente practicable en nuestros medios profesionales. En el caso de Marsillach, el anuncio del «Marat-Sadeu», en el mismo Poliorama y tras el programa Sartre, es la prueba de que nuestro excelente director y actor ha hecho de la actual temporada uno de los puntos altos de toda su carrera.

Hay en este capítulo un extremo interesante: por lo común, los héroes teatrales suelen perder dinero. El heroísmo vale apenas unas cuantas satisfacciones morales. Esta vez sospecho que no va a ser así. Y es cosa de alegrarse por lo que sociológicamente esto significa. Hacer las cosas bien, cumplir con uno mismo y con los demás, y, encima, ganar dinero, es algo que suele ser muy raro en la desventurada sociedad de nuestros días.

la obra de sartre

Sartre no es, fundamentalmente, un dramaturgo. Su medio de expresión más genuino es el ensayo. Sin embargo, ha escrito novelas, guiones de cine y obras de teatro, de tal forma que la comprensión de su pensamiento resultaría parcial y mutilada si prescindiésemos de considerar tales expresiones.

HA LLEGADO
SARTRE

«Huis-clos» (a puerta cerrada) se estrenó en mayo de 1944. En el 46, en el Antoine, presentaba un espectáculo compuesto de dos obras: «Muertos sin sepultura» y «La p... respetuosa». Posteriormente escribió «Las manos sucias» (1948), «El diablo y el buen Dios» (1951), una adaptación del «Kean» de Dumas, «Nekrassov» (1955) y una versión de «Las Troyanas», de Eurípides. «Las moscas» es anterior a «Huis-clos».

Este teatro constituye, en su conjunto, no ya una expresión ideológica y filosófica, sino también la afirmación de unos determinados principios sobre la estética del drama. En el plano ideológico, hay un tránsito sin brusquedades que va desde la pesadumbre, un tanto abstracta, de «Huis-clos» al claro acento político e interés por la realidad «histórica» que se dan en «Nekrassov» y «Las Troyanas». Su figura humana pasa también durante estos años de la imagen del pensador existencialista, vagamente ligado a la atmósfera de Saint Germain, a la del escritor combativo, miembro del Jurado de Bertrand Russell o del Comité francés pro-Vietnam. De algún modo acaba por tipificar la que podría ser calificada de gran tragedia de nuestro tiempo: la necesidad de conjugar la libertad individual y el compromiso político, el individuo y la justicia social. Rechaza el Nobel y, hace apenas unas semanas, los intelectuales checos, en su protesta contra ciertas limitaciones de expresión, le invocan como al que ha señalado el recto y ancho camino.

En un plano formal, Sartre construye un teatro macizamente literario. Es una dramaturgia de personajes «en situación», obligados a «actuar», a decidir, pero que jamás son absorbidos por la simple dinámica de la acción. Todo su teatro es, en definitiva, una reflexión sobre la condición del hombre en la sociedad contemporánea.

Frente a las fórmulas elípticas, o el teatro total —ampliamente desarrollado por Peter Weiss—, Sartre propone una dramaturgia de fuerte base literaria. Un teatro de argumentaciones, en el que los personajes, por precisa que sea su psicología, actúan siempre con un claro valor de representatividad, de delegación del género humano. De ahí que cada obra de Sartre aspire siempre a ser una especie de auto sacramental laico, en el que toda la humanidad es representada.

SIGUE

«Huis-clos» está concebida por Marsillach subrayando su valor de «pasión inútil». Nuria Espert es una Inés fría, durísima y patética; Gemma Cuervo hace el más difícil papel de su carrera. «Huis-clos» se estrenó en París, en mayo de 1944.







HA LLEGADO SARTRE

Marsillach, Gemma Cuervo, Nuria Espert y Gerardo Malla interpretan «A puerta cerrada». Frente a las fórmulas elípticas o al teatro total, Sartre propone una dramaturgia de fuerte base literaria, un teatro de argumentaciones en el que los personajes actúan con un claro valor de representatividad.

«La p... respetuosa» es, en este punto, una de las obras más concretas, menos ampulosas. Aún así, es obvio que maneja conceptos generales y que el Senador encarna toda una mentalidad colectiva y que en aquel negro que va a morir injustamente están todos los negros que han muerto y morirán asesinados por el racismo blanco.

las representaciones del pollorama

No me parece que sea éste el lugar de hacer una crítica pormenorizada del espectáculo Sartre, que Nuria Espert y Adolfo Marsillach han presentado bajo la excelente dirección del segundo. La dignidad ejemplar del espectáculo, su larga preparación, la calidad de sus actores, la significación de su presencia, son tales que más piden el testimonio de lo sucedido que los riesgos de la pedantería crítica.

De las escenografías, me gusta bastante más la de «A puerta cerrada». La de «La p... respetuosa» está bien, pero, lógicamente, se ajusta a las exigencias descriptivas del ambiente real en que sucede la acción. En cambio, la escenografía de «Huis-clos», en la medida que dejaba

abierto un terreno a la libre interpretación e imaginación plástica, constituye uno de los grandes aciertos escenográficos de nuestro teatro actual. El «infierno» es una especie de pudridero aristocrático, helado en sus mármoles, falsamente hospitalario en el color de las colchonetas sobre las que descansan los huéspedes difuntos y eternos. Pablo Gago es el autor.

«La p... respetuosa» ha sido concebida por Marsillach con una sabia mezcla de violencia y de ironía. Si no fuese una palabra tan equívoca ya, podría decirse que con cierto distanciamiento. Ni un solo momento pierde de vista el espectador la significación crítica de la breve y horrible historia de Lizzie y de su falsa acusación del negro para salvar la vida de un auténtico asesino blanco, de buena familia. Música y luz juegan su papel exacto; en realidad, hay dos planos: uno, psicológico, preciso, individualizado, en el que se mueven espléndidamente Nuria Espert —una Lizzie infeliz, ignorante, vulgar, que toma conciencia de la situación cuando ve que ha sido utilizada como instrumento para matar al pobre negro—, Fernando Guillén, el joven héroe sureño, y Joaquín García Lalondri, actor de color, que presta a su papel la ne-

cesaria sinceridad. El otro plano, habitado por los policías y el senador —colosal José Vivó— viene a ser el contrapunto exacto, el deshumanizado rostro de la máquina pseudomoral que se introduce en la realidad de los débiles. A esto responde la caracterización de los policías —Gerardo Malla y Canut—, tan impasibles como esos sombreros tejados que la turbulenta vida norteamericana lleva tantas veces a los reportajes gráficos y a las crónicas televisivas.

«Huis-clos» está concebida por Marsillach, subrayando su valor de «pasión inútil». Quizá ello rebaja cierto contrapunto de gelidez, de «infernalismo» como realidad eterna; pero no estoy muy seguro que sea ésta una objeción justa, puesto que Marsillach, al «temporalizar» la acción, al pasarla de la tragedia al drama, la aproxima a una cotidianeidad más reconocible. Nuria Espert es una Inés extraordinaria, desagradable, fría, durísima, y, también, patética. Gemma Cuervo hace el más difícil papel de toda su carrera con muy satisfactorios resultados. Adolfo Marsillach resulta un personalísimo Garcín, vehemente y violento. Gerardo Malla es el criado de mueca helada y distante, el personaje «ultraterreno» de la obra.

Quizá sin querer he hecho esas

líneas críticas que quería soslayar. Pero a medida que iba escribiendo me he dado cuenta que no sería justo dejar de dar, desde estas líneas, la satisfacción que todos, adaptador, director, escenógrafo y actores, se merecen.

Quede para otra ocasión una posible y más extensa consideración de lo que ahora se hace en el Pollorama. Aunque me temo que para tener fuerza desde la que argüir posibles objeciones han de pasar muchísimas cosas en el teatro español. *

el público

Aquello estaba lleno. Se aplaudió muchísimo el final de cada acto de «La respetuosa» y de «Huis-clos». Alfonso Sastre, autor de las excelentes versiones, no quiso salir, en un gesto de delicadeza y homenaje a Jean-Paul Sartre que le honra. Los actores saludaron durante largo rato y Adolfo Marsillach hubo de dirigir unas palabras. Hubo armonía y acuerdo en torno al espectáculo Sartre.

Luego, la crítica coincidió en asegurar que se trataba de un gran acontecimiento teatral.

Sartre ya está aquí.

J. M.

Las fotografías —de Gigi Corbetta— fueron obtenidas durante el ensayo general.